



12 ROSAS

Consagración al Inmaculado Corazón de María

HOSPITAL DE ALMAS MARÍA DE LA CONSOLACIÓN

Oración para todos los días

En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén

María, ven en mi auxilio. Hoy acudo a ti y traigo ante tu altar esta rosa. Con ella te doy también mi corazón para que tú lo transformes, quiero que cada día se parezca más al tuyo. Acudo al amor de Jesús y, junto con Él, quiero vivir como verdadero hijo tuyo.

Te amo, Madre mía, y me refugio en tu manto, para que seas tú quien me lleve hacia Dios.

Amén.

Padre nuestro...

Ave María...(x3)

Gloria...

La Misericordia

El momento de la misericordia llega cuando el corazón está ablandado por el amor y traspasado por el dolor, pues, si no se entiende el amor y el dolor, no se puede encarnar la misericordia.

El fruto del amor que se funde con el dolor es la misericordia y éste es el reto más grande que se nos presenta ahora que estamos listos para consagrarnos a María. Sólo el corazón que está dispuesto a vivir la misericordia es capaz de comprenderla.

¿Cómo entrar en el misterio del amor? Amando. ¿Cómo entrar en el misterio del dolor? Sufriendo. ¿Cómo entrar en el misterio de la misericordia? Siendo misericordiosos¹. Sólo al experimentar la misericordia de Dios en nuestra vida, al haber vivido el amor en Él y el dolor junto a Él, podemos rendirnos admirados ante este misterio tan grande.

Es en ella donde se funde el comprender, entender, perdonar, creer, esperar, liberar y sanar. En la medida en que vivimos la misericordia de Dios en nosotros, vamos adentrándonos en la vida de Cristo, pues Él es el rostro de la misericordia (Cfr. *Misericordiae Vultus* no. 1). Y desde esa vida en Cristo, el corazón puede ser transformado. Es aquí a donde debemos

¹ Expresión acuñada por el Papa Francisco para expresar el hecho de experimentar la misericordia de Dios en la propia vida.

llegar. Éste es el fin del camino que hemos emprendido de la mano de María: llegar al Corazón misericordioso de su Hijo.

Todo el recorrido que hemos hecho, con la mirada puesta en la Madre, nos trae finalmente a Jesús. Al contemplar su vida bajo esta perspectiva, nos damos cuenta de que la misericordia fue el resultado de la resurrección. Al volver resucitado, Cristo nos mostró la misericordia hacia quienes le traicionaron, abandonaron, no le creyeron, le ofendieron, le lastimaron, lo dejaron solo. Al volver, Jesús no le preguntó a Pedro por el motivo de sus negaciones, tampoco le reprochó su miedo, su debilidad, ni su orgullo, simplemente le preguntó “¿Me amas?” (Cfr. Jn 21, 15).

Es la misma pregunta que nos hace a cada uno: ¿Me amas? Como si Dios nos dijera: Te pregunto por el amor porque sólo si me amas podrás sufrir por mí y sólo al vivir ese sufrimiento desde el amor, podrás entrar en la inmensidad de mi Corazón misericordioso.

Y para amar lo que necesitamos es un corazón sencillo, un corazón que no tenga nada que perder, un corazón que se dé completamente a lo demás, que abraza el dolor, que ame sin pedir nada a cambio. Sólo un corazón así entiende y es capaz de vivir la misericordia.

El corazón sencillo es pobre, no guarda nada para sí y al estar vacío de todo está lleno de Dios. Por eso, mientras el corazón

sea más desprendido, mientras menos apegos tenga, más se puede llenar de Dios.

Si un niño está junto a su madre, rodeado de juguetes, y éstos se le van quitando uno por uno, en un principio llorará, pero después se quedará solo con el amor de su madre, que será suficiente para llenar el vacío que sintió. Al quedarse con su madre, sin ningún juguete que lo distraiga, comienza a aprender de ella y más adelante podrá enseñar a sus amigos lo que ha aprendido.

Así actúa la misericordia de Dios en nuestra vida. Poco a poco, como al niño, nos va quitando todo lo que sobra, lo que no nos deja disfrutar de la compañía de nuestra Madre, lo que nos distrae de lo que realmente importa. Al principio no entendemos, pero con el pasar del tiempo vamos notando cómo ha hecho todo para nuestro bien. Al desprendernos de todo notamos que lo único que queda en el corazón es la misericordia con la que hemos sido amados y debemos, por tanto, amar a los demás.

¿Qué es entonces la misericordia? Es la vivencia de esa espera, de ese corazón que se va vaciando del mundo mientras se deja lavar por la sangre y el agua que brotan del costado de Cristo (Cfr. Jn. 19, 34). Sólo entonces, pobre y desprendido de todo comienza a esperar en el otro, a amar y dejarse amar, a confiar, a no juzgar, a dar la vida, olvidándose de sí— como Cristo en la Cruz.

Clavado en el madero, Jesús pensó en la humanidad entera, en cada uno. Se olvidó de sí mismo, de su dolor, de lo que en ese momento sentía. Desde ahí arriba confió en nosotros y entregó su vida sosteniéndose en esa confianza, en el amor que nos tiene y que sabe que le tenemos. Entregándose por completo nos mostró que la misericordia no juzga a nadie, no condena, todo lo perdona, todo lo espera, ama hasta dar la vida.

La misericordia supera todos los límites, por eso, incluso estando ya muerto, Jesús dejó que la lanza le abra la última de sus llagas. Con esa herida nos marcó el camino de la misericordia, que es la puerta a su Sagrado Corazón.

Entrando en ese Corazón descubrimos el nacimiento a la nueva vida de la que hemos hablado: la vida de la misericordia que es el triunfo de la Cruz. Sólo entonces, vacíos de nosotros mismos, latimos con el latido de Cristo y somos capaces de amar como Él ama, de perdonar con su perdón, de dar una nueva oportunidad y rescatar la vida.

Si vivimos dentro de la misericordia, habremos triunfado con Jesús, habremos resucitado de la muerte y entendido el verdadero mensaje de su vida. Comenzaremos a vivir la unidad que pidió para nosotros (Cfr. Jn. 17, 21), se nos abrirá la puerta que lleva al Padre.

Pero vivir esta vida implica amar y dolerse: amar hasta el dolor y sufrir por amor. Implica limpiar el corazón para mirar el rostro del Señor. Sólo en ese punto contemplaremos su

verdadero amor y el alma comprenderá el para qué de su peregrinar.

La llaga del costado permanece abierta y, así como el Señor permitió que Tomás metiera su mano en ella (Cfr. Jn. 20, 27), permite que nosotros metamos todo nuestro ser si se lo pedimos. No es coincidencia que esa llaga haya quedado abierta, pues es signo de que la puerta de la misericordia nunca se cierra, sino que se abre en todo momento, a toda hora, en cualquier lugar y para todo el que quiera acudir a ella.

El don de la misericordia es una de las mayores gracias que Dios nos ha dado, pues depende únicamente de su bondad. No es algo que hayamos comprado con nuestros méritos. Dios es misericordioso porque quiere y nos abre este camino porque nos ama. No depende de una decisión nuestra, de si lo merecemos o no, sino sólo de Jesús, que es el que abre esta puerta para nosotros, porque quiere tenernos con Él (Cfr. Jn 17, 24).

La misericordia es la última grada, el último peldaño para alcanzar la santidad. Es la entrada hacia el Corazón de Cristo y hacia la casa del Padre. Quien es misericordioso lo ha hecho todo, lo ha dado todo, lo ha entendido todo. Quien vive la misericordia está listo para dejarse guiar por María, *Mater Misericordiae*, para subir a la Cruz.

Vamos, pues, a disponer el corazón para ser misericordiosos con quienes nos rodean, con quienes se acercan a nuestro corazón, con quienes nos buscan, con quienes nos han

ofendido, lastimado o calumniado. Descubramos en nuestra propia vida cómo la misericordia nos da la dignidad de hijos de Dios, nos hace hermanos de Cristo, nos otorga la fecundidad en el Espíritu Santo y nos entrega la maternidad de María.

Pidámosle a Ella que nos alcance de Dios un Corazón misericordioso, un corazón que ame el dolor, que se entregue en el amor y viva dentro del Corazón de Jesús.

REFLEXIÓN: DESCUBRIR LA MISERICORDIA

Para meditar acerca de la misericordia, vamos a tomar la Biblia en el evangelio de San Lucas, Capítulo 7, desde el versículo 35, hasta el 50. Mientras lo lees, aquieta tu espíritu y llénate de amor, siéntete como la mujer que lava los pies de Jesús.

Descubre la misericordia de Dios en tu vida. Mira que lo has amado mucho y por eso lo has buscado, por eso has llegado, de la mano de María hasta el final de este camino de consagración. Escucha la dulce voz del Maestro que te dice que ya te ha perdonado, que ha restaurado tu vida y que lo seguirá haciendo, porque te ama mucho más de lo que puedes imaginar.

Póstrate ante Él y entrégale lo más valioso que tienes: tus lágrimas. Como la pecadora, deja que sean lágrimas de dolor y de amor.

Métete en lo más profundo de su Corazón, suspira con Él, siente sus palabras que te dicen: "Nunca me alejaré de ti".

Vacíate de preguntas y respuestas para llenarte sólo de amor. ¿Cómo puedes entender lo que no conoces? Ama y poco a poco empieza a entender su misericordia que no se agota.

Deja que el silencio invada lo más profundo de tu ser. ¿Cuánto crees que Dios te ha perdonado? ¿Cuánto crees que te ama? Mientras más ames y te dejes amar, más te adentras a lo profundo de su Corazón.